



EN VALENCIA.

Un año 80 rs.
Seis meses 42
Tres meses 22
Un mes 8

FUERA DE VALENCIA.

Un año 104
Seis meses 54
Tres id. 28

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle del Palau, 12, entre
suelo derecha.

Se suscribe en las librerías católicas de D. José Martí, calle de Zaragoza, núm. 15, y en la de los sucesores de Badal, plaza de la Catedral, núm. 4.

EL ALMOGÁVAR.

DIARIO ULTRAMONTANO.

ANUNCIOS Y ESQUELAS FUNERARIAS A precios convencionales

La suscripción se hace remitiendo su importe en letras del Giro Mútuo ó sellos de franqueo: en este último caso, certificando la carta dirigida á la Administración de este periódico.

Domine,
Accelera ut eruas Vicarium tuum,
et tua Sanctissima
Ecclesia libera sit in orbe terrarum
DIARIO RELIGIOSO.

SANTO DE HOY. La Catedral de San Pedro, y Santa Prisca, virgen y mártir.

Santa Prisca nació en la ciudad de Roma, de padres muy ilustres; y siendo niña en la edad, como no tenía más de trece años, en el seno y disciplina era vieja. Ejercitábase como verdadera cristiana en obras santas, particularmente en visitar las iglesias y oratorios que tenían los cristianos señalados para juntarse á orar, y á ser en la Santa en un oratorio de estos, fue presa de los tiranos, y llevada delante del emperador con ruido y vocería, como pública malhechora; y viéndola de poca edad, y creyendo que fácilmente se trocaría, la mandó llevar al templo de Apolo para que allí le adorase y ofreciese sacrificio. No quiso la Santa virgen obedecer al mandato imperial por obedecer á Dios, alegando que sólo era desecrisado verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos; y los dioses de los gentiles eran demonios que los traían embucados. Mandó el emperador darle la cabeza, y llevar á la cárcel, donde la azotaron cruelmente, y viéndolo que ni de blanduras, ni de terrores se dejaba vencer, después de haber ejecutado en ella varios martirios, mandó la cortar la cabeza, y su alma voló al cielo, donde sigue al Cordeiro de Dios, y le canta himnos de alabanza, que todos las vírgenes pueden cantar. Fue su triunfo á los 18 de enero, año de 262.

SANTO DE MAÑANA. San Fulgencio, obispo.

CULTOS.

CUARENTA HORAS. Continúan en la iglesia de San Antonio Abad, se descubre a su DIVINA MAJESTAD á las siete de la mañana y se reserva á las cinco de la tarde.

CORTE DE MARIA. Hoy visita á Nuestra Señora de la Esperanza, en San Martín. (Privilegiado.)

Iglesia de San Martín Obispo. Solemne función Novenario que se celebra en dicha parroquia á San Antonio Abad.

Hoy martes 18, á las ocho de la mañana, Misas con órgano. Por la tarde á las cuatro, expuesto S. D. M. después de la lectura de la Novena, predicará D. Ricardo María García, presbítero, Coadjuvador de la parroquia de San Tomas; á continuación el Trisagio; reserva, y concluirá el ejercicio con los gozos al Santo en su capilla.

Iglesia Parroquial de los Santos Juanes.

Mañana se celebrará el ejercicio acostumbrado al Patriarca San José. Por la mañana á las siete Misas rezada en el altar del Santo. Por la tarde á las cinco y media, novena, sermón que dirá el Dr. D. José Rafael Martí, presbítero, beneficiado de dicha iglesia corona gozos, y sorteo de medallas.

Máximas de San Francisco de Sales

TRADUCIDAS POR D. JAIME BALMES.

18 de enero. -- No consiste la perfección en no trabar ninguna amistad; pero si en no tenerlas sino buenas y santas.

FOLLETIN.

LAS ILUSIONES. NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR LA SEÑORA STOLZ, Y TRADUCIDA POR D. M. M. DE Z.

(Continuación.)

Al día siguiente vino la señora del tercer piso á llamar á la puerta. Rosa le abrió de mala gana, y las dos amigas volvieron á reunirse. No se sabía aún el nombre de la nueva vecina, porque todo estaba reducido á Emilia y Victoria, que sentadas al lado de la chimenea emprendieron una de esas conversaciones animadas, sería una vez y de bromas otras, comenzándole todo por las expresiones -- Os acordáis? -- Hay en estas palabras tanta dulzura y tanto placer entre contemporáneos, que las interlocutoras perdieron de vista las agujas del reloj y se ocuparon en referirse mutuamente todos los primeros acontecimientos de su vida, cuya memoria no se olvidaba nunca. Después de haber pasado revista á todos los conocimientos de otro tiempo y recordado las alegrías, las penas, aunque sin importancia entonces, se llegó por fin á hablar de las circunstancias en que se hallaban. -- Veamos, Emilia; contadme todo lo que os ha sucedido desde que nos separamos á la salida del convento. -- Nada, querida amiga; nada que pueda importar, y que sea digno de referirse. -- ¿Es posible? No se emplea toda una vida en no hacer nada. En otro tiempo érais muy franca; me acuerdo. Yo lo era también y lo soy todavía. Os diré mi historia, que se reduce á muy pocas palabras. -- A los veintidós años me casaron mis padres; se entiende, después de haberme consultado, y yo no pensé en oponerme, á un casamiento que ellos aprobaban, porque para esto hubiera

LA RELIGION. A LOS INCREDULOS.

Desde la niñez estamos acostumbrados al dulce sonido de esta palabra consoladora, «Religion»: nuestros maestros la repetían á mandado, y nuestros padres en la postrera hora de su muerte nos recomendaron su rigorosa observancia y nos encargaron su custodia, como depósito el más sagrado y herencia la más preciosa que podían legar á sus amados hijos. Ingratitud, vicio el más abominable de la criatura, sería olvidar las lecciones de nuestros maestros; impedir, creer que nuestros padres, en aquellos solemnes momentos en que no tienen lugar la mentira, tratan de envolvernos en la duda y engañarnos. La razón de esto es muy obvia, es muy sencilla; porque los maestros que forman nuestro corazón y nos alicencian, quieren ilustrarnos con la luz de la verdad; porque los padres, siempre amorosos y solícitos de nuestra dicha, solo quieren el bien para sus hijos. Por eso las lecciones de los maestros y los consejos de los padres vienen á formar un pequeño libro impreso en el corazón de los que merecen el nombre de buenos, y en este libro la palabra «Religion» se encuentra repetida en todas las páginas.

Fijémonos, pues, en ellos, pero en la inteligencia de que no por el respeto tan solo ha de vivir en nosotros aquella idea; antes al contrario, la reflexión la desarrolla y la graba mas hondamente en nuestra conciencia.

Aunque con escándalo, es verdad que hemos oido á algunos desdichados mofarse de la religion de nuestros padres; nosotros, compadeciéndonos, preguntémosles que es «la religion», y la conciencia nos contestará; que es la expresión de una idea necesaria, reconocimiento solemne de los deberes que el hombre tiene para con Dios.

Si los sabios de nuestros días, los ilustrados «pour sang» que al parecer han adoptado por tema en sus escritos vilipendiar la Santa Religion que profesamos, pensar en el punto de donde vienen y á donde han de ir á parar, de seguro fueran los primeros en defender el culto de la religion, única verdad, única esperanza, único consuelo, única salvación; pero la corrupción de sus corazones les pervierte la voluntad, y les ciega por completo el entendimiento.

Levantando los ojos al cielo y contemplando por un instante las bellezas que le adornan, bajados hacia la tierra, misma que huelan con sus pies, hermosa también después del cielo; hágan recto uso de la razón, inexplicable en sus actos y maravillosas inspiraciones. Y con poco esfuerzo comprenderán que de Dios hemos recibido «nihil et inspiratiorem et omnia»: que en Dios vivimus, movemur et sumus, como dice el Apóstol San Pablo.

Todo lo debemos á la mano benéfica del Criador; nada de cuanto poseemos es nuestro: la causa de cuanto existe es la sabiduría y la bondad infinita de Dios: el hombre por lo tanto deberá, si quiera, alejar de sí la nota de ingrato, prosternarse ante la magestad del supremo Hacedor, y reconocerse humilde siervo suyo; servirle con gloria, porque es la única que produce el bienestar, la paz del alma y la verdadera libertad, aniquilando el imperio de los sentidos, que es fuente y origen de todas las perturbaciones del corazón. Esta es la voz de la Religion.

Algunos tan llamados filósofos en el presente siglo y aun en nuestros días han anunciado que hablaban para perfeccion y felicidad del hombre la religion natural. ¡Oh pámsona ceguera! Ellos dicen: «la razón humana descubre la religion natural; ¿para qué la revelación? Mas en la historia del género humano es un hecho

siempre necesario que el joven que se me se propone me hubiese repugnado, y no se estaba en ese caso. El propósito no era hermoso ni feo, mas bien agradable que seco, y de una presencia distinguida; pero lo importante era que tenía talento, buen corazón y amabilidad. Lo veis y os agrada. -- Y ¿habéis sido feliz, Victoria? -- Muy feliz, pero entendámonos, como lo puede una ser en este mundo, porque la felicidad completa y sin disgusto alguno no se encuentra mas que en los libros. -- Os habeis contentado, amiga mía, con la regla general, y yo he sonado siempre con la excepción. -- Querida mía, la excepción, como decís, es un sueño. -- Bien lo he conocido. -- Por mi parte, nunca me hecho una idea poética del matrimonio. Me he atenido á las expresiones muy prosaicas, que mi buena madre me repitió muchas veces. -- Una joven se casa para dirigir su familia, para dar hijos á su marido, y para hacer de estos hijos buenos cristianos y herederos del cielo. -- ¿Qué distancia tan grande entre vuestro modo de pensar y el mío! La idea que yo me formaba del matrimonio, cuando era joven, no se parecía á la vuestra. Yo pensaba, que casarse era ser dueña de una casa, ser amada, ser adorada: que el título de señora traía consigo la facultad de obrar libremente, de mandar, de imponer á los demás sus caprichos, de reinar, aunque en pequeño: porque la mujer, esclava entre los bárbaros, es reina entre nosotros en este siglo de gran civilización. -- Ni esclava, ni reina, ni buena amiga; lo que pensabais era una ilusión. La mujer es una compañera, según las miras del Criador. Su puesto es el segundo, y no debe quejarse, si comprende bien su misión. Debe bendecir á Aquel que la ha hecho bastante débil para necesitar protector, y bastante fuerte para sostenerlo y consolarlo. -- Y vos comprendiais eso cuando joven? -- Sí, gracias á mis padres, que no me dejaron entender mal las cosas, y me las hicieron

constante, digno de ser observado, que jamás ha existido un pueblo que se contentara con la religion natural, que no haya intentado fundar sus leyes y la moral misma en la revelación.

Vive, pues, el hombre por la revelación, y con más razón la sociedad se conserva por las creencias. Y como no puede haber hombres donde no hay sociedad, es necesario que la revelación se encuentre en todas partes más ó menos desfigurada, según está más ó menos viva la civilización.

Dejemos al pueblo hebreo que se glorie de haber recibido su legislación del mismo Dios por medio de Moisés, y fijándonos en los demás de la antigüedad, contesten á la pregunta concreta que les formularemos. ¿Sobre qué estaban basadas las leyes de los caldeos, de los persas y las de los romanos en sus Doce Tablas? ¿Qué pueblo ha habido que no tenga la idea de la divinidad? Este dogma consolador, que es el primero de la Iglesia, es una verdad tan católica ó universalmente conocida, que es también el fundamento ó la base de la vida social y de todos los conocimientos que puede adquirir el hombre.

La fe está sobre la razón, pero no es contraria á la razón. Esta por sí sola, merced á la culpa primero, se envileció adorando á los astros, á las plantas y hasta los brutos. Cuatro mil años de idolatría probaron bastante al mundo la necesidad de un Maestro divino que nos instruyese, y de un divino Redentor que nos salvara. Nuestros padres murieron creyendo en él, y al legarnos esta fe, que debemos conservar nosotros como depósito sagrado, nos enseñaron á amarle y ofrecerle nuestro amor, nuestro corazón y toda nuestra vida.

Alcey 14 de enero 1881.

EL ALMOGÁVAR.

Más sobre la cuestion del día.

Decimos la verdad como si estuviéramos en trance de muerte. Nadie ha deseado más vivamente que nosotros la conciliación entre ciertos elmentos católico-tradicionales, salvatis siempre salvandis. Allí están nuestros artículos, y se verá los esfuerzos que en la búsqueda de nuestra concordancia hemos hecho para estrechar distancias y allanar caminos, sin faltar nunca á la principalidad ó prioridad de los cosas.

Hasta en los últimos que hemos publicado, hemos querido imitar la loable conducta de Sem y Jafet con su padre, haciendo caso omiso de historias pasadas ó intenciones ocultas.

Pero si duda hay quien pretenda escalar el olimpo, y por sorpresa ó con violencia, erigirse en Júpiter tonante, lanzando desde sus olímpicas alturas los rayos de sus iras contra los pobres mortales. Afortunadamente esos rayos han dado en pechos blindados, y rebotarán hasta el corazón del mismo que los lanza. El tiempo descubrirá, y lo que vendrá después también.

Volvemos á decir que de occultis, si algo hubiere oculto, ni aun la Iglesia puede juzgar. ¿Cómo ha de juzgar lo que está oculto? Y, sin embargo, hay hombres, hay católicos que lo juzgan con pelos y señales, y si es blanco ó negro. Se están haciendo esfuerzos de flaqueza por ver todo lo que no hay, y no ver nada de lo que hay, y despacharse á su gusto. Agudezas de maliciosos y de tonotos.

Ver, como lo son en realidad. Mi marido era ingeniero de montes, y vivíamos en provincia, ya en una población, ya en otra, siempre cerca de los bosques, y nos arreglábamos como podíamos, tanto respecto á relaciones como á nuestro bien estar.

—A los veinte años rehusé una posición como la vuestra. Yo creía que no podía vivir en provincia. -- Pero ¿por qué? -- No lo sabía, ni podía decirlo.

—Nierial! Se vive bien en todas partes, cuando se cuenta con un buen y tranquilo afecto. He vivido en Blois, en Lorris, en Orleans, en todas las poblaciones, adonde he seguido á mi marido, y en ellas he encontrado siempre tranquilidad y algunas relaciones agradables.

—Pero ¿vuestro marido se ausentaba con frecuencia? Y si esto sucedía ¿qué gusto podiais tener entonces? -- El de esperararlo, y hacer que se alegrara á su vuelta. Mientras estaba ausente, me consagraba enteramente á mis hijos y á mi casa, y era una fiesta para mí la venida de mi marido. Yo le preparaba un regalo, y me vestía con esmero, porque eso le gustaba mucho; y fuera cual fuese la hora de su llegada, por más extrañada que fuese, yo era quien lo recibía, no como una reina que recibe á un rey, sino como una buena mujer recibe á un buen marido.

—¿Y ambos estáis contentos? -- Muy contentos, del modo que lo podemos estar en este mundo! Nuestro contenido se modificaba por los pequeños disgustos, que cada uno por su parte tenía que sufrir, y que nos contentábamos el uno al otro. Pero yo por mi parte ocultaba algunos á mi marido, porque quería retardar las arrugas que en la frente le salen á los hombres antes que á nosotros. ¿Por qué ocuparme de todos los sinsabores que dá de sí el manejo de una casa? Las contradicciones del interior son para nosotras, como los graves cuidados de fuera de casa son para los hombres. Así pasó nuestra juventud y después la edad madura; ha venido después la vejez, y hacemos lo posible por representar el papel de Filemon y Baucis.

Pues señor, discurrendo así, es menester desterrar absolutamente la buena fe del mundo, puesto que no existe ya en los católicos verdaderos; y es menester proclamar que nosotros somos la conciencia de la conciencia de esos católicos cuyas intenciones juzgamos.

¿Pero es esto decoroso ni serio? Fuerte cosa es que in illo tempore pidieran unirse carlistas y republicanos para derribar no sé qué gobierno; y ahora no han de poder unirse católicos y católicos para felicitar á un prelado. ¿Dónde estamos, en España ó en Marruecos? ¿Nos mandan ministros y reyes cristianos, ó visires y sultanes despóticos?

Lenos de gratitud y de entusiasmo, nos atrevemos á felicitar mañana al Padre común de los fieles, por la publicación de una Enciclica; pero á un señor ministro, católico y todo, se le antoja ver no sabemos qué tenebrosos planes ó ocultas maquinaciones en la Enciclica en la felicitación; y con una torpeza insigne ó con una audacia insolente, interpone su veto, si no fulmina una excomunión vilandana contra los felicitantes; queriendo impedir que la Enciclica venga ó la felicitación vaya. ¿Dónde estamos, en la España católica ó en la España musulman? ¿En tiempos de Felipe II ó de Carlos III?

Pronto lo veremos.

Por supuesto, no hay ninguno que pueda ser buen tradicionalista si ser buen católico, ni ser buen católico profesando esas doctrinas; y tenga entendido que el Papa lo condena y el rey católico lo arroja de la comunión monárquica. Así debe ser, y no puede ser otra cosa; porque los actos católicos tengan ó no trascendencia política que siempre será buena, no pueden caer nunca bajo la jurisdicción laica, mientras los actos políticos, de un modo ó de otro, caen siempre bajo la jurisdicción de la Iglesia. Si así no pensamos los católicos, no nos diferenciaríamos de los cesaristas ni de los liberales.

Por eso nosotros, que queremos dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, no llevamos por lema, que lo condensa todo, Cesar ó Cesaris minister locutus est.

Pero queremos ir más adelante. Queremos suponer que ese acto puramente católico (el de la felicitación á monseñor Freppel), tenga, aun sin quererlo sus autores, gran trascendencia política. ¿Podrá en todo evento, y empujándose cuanto es posible la cuestión, perjudicarnos á nosotros, que somos mas, muchísimos mas que los otros? Prescindiendo de acontecimientos que parece se están tocando, ¿podría suceder que comuniones de puros católicos fueran presididas largo tiempo por jefes liberales? Como congregaciones liberales no pueden ser presididas por católicos. Por eso cuantos mas católicos no liberales se nos unan ó mas católicos hagamos, mas tradicionalistas tendremos. Y, en fin, no se trata de eso; que hablamos ó se nos hace hablar más de lo que quizá debamos. Se trata de una felicitación y de una unión ó organización meramente católica, sin abdicar en poco, en mucho ni en nada, nuestras ideas tradicionalistas, y sin que ningún gobierno, por receloso que sea, pueda negarnos esa unión. No hay que hacer qué ha de haber que hacer! abdicaciónes políticas; pero mucho menos, infinitamente menos hay que hacer, activa ni pasivamente, abdicaciones religiosas; y el que las haga de un modo ó de otro, a aquel es el mayor conspirador contra la monarquía legítima.

No, no; nuestra idea política cabe muy bien, cabe holgadamente dentro la idea católica, sin la cual aquella no puede tener eficaz acción ni vida. Siendo esto así, y siendo todos católicos del Syllabus, fuera recelos, fuera suspicacias; y con la candidez de la paloma, sin perder la astucia de la serpiente, manos á la obra con actividad y constancia; que todo lo demás se nos dará por añadidura.

Sólo nos resta decir dos palabras sobre nuestra consecuencia inquebrantable en los principios que defendemos. Todo el mundo sabe que fuimos los primeros en protestar valientemente contra el inico fallo de Milan: Todo el mundo sabe que cuando se trató de organización política, nos pusimos resueltamente del lado de nuestro jefe, sin discutir si su autoridad delegada la ejercía ó no con las cuatro virtudes cardinales. Entonces nos copiaba «El Siglo Futuro» con fruición, y nosotros le agradecíamos sus desinteresados elogios. Pero pagamos cara nuestra decisión con la pena capital sólo. Ahora se trata de un acto católico; y firmes en nuestros principios, y sin mirar el semblante á nadie ni querer disgustar á ninguno, diremos con entereza, pero con muchísimo respeto: Aquí el jefe político no es nada, ni tiene que ver nada, siendo como uno de tantos y el primero que, dando ejemplo, lo apoye y lo aplauda. Así lo esperamos con gran confianza.

Esta es la doctrina sana, esta es la doctrina católica, que, con un poquito de paciencia, veremos inscrita de nuevo por el verdadero JEFE CATÓLICO-monárquico del tradicionalismo.

Es moralmente imposible que suceda otra cosa.

No hacemos mas comentarios. Sólo si diremos, para concluir, que á nadie, hasta el presente, cedemos en consecuencia católica no somos cesaristas ni liberales, ni proclamamos la omnipotencia regia ni mucho menos la ministerial; antes por el contrario, proclamamos muy alto que no hay verdad contra verdad, ni derecho contra derecho, ni autoridad contra autoridad; proclamamos muy alto el lema santo de DIOS, PATRIA y Rey; no invertimos el orden, diciendo de palabra ó con los hechos, REY, PATRIA y DIOS; ó rey, rey, rey, ó yo yo, y yo. Porque el que esto dijera, ni sería católico, ni sería español, ni sería realista; sería el mayor enemigo de estas tres cosas.

Lo dicho, y rat calum.

Un poquito de calma y al tiempo.

El Siglo Futuro, reproduce por tercera vez en su parte editorial, la advertencia que ya conocieron nuestros lectores y para explicar su sententencia, dice: «No para nuestros amigos, que bien claro lo han visto; no para que se enluten los periódicos liberales, que bien lo han entendido aunque otra cosa fijan; pero como protesta contra la mala fe liberal y porque nadie pueda imaginar que dejamos consentido lo que no es cierto, va-

se congratularon de haber venido á habitar una casa, donde habían encontrado una amiga tan afectuosa. Hay cosas que no parecen ciertas, y sin embargo lo son. El marido de la prima Adelaida era un capitán de navio retirado. Este capitán había sido teniente, y este teniente había querido casarse. Algunas jóvenes, á quienes se había dirigido, se habían asustado, temiendo á la severa y celosa rival llamada la mar, y una de aquellas melrosas había sido Emilia. El marido había perdido el recuerdo de ella en sus continuos viajes, pero las mujeres no olvidan nada de lo que ha pasado en su juventud acerca de aquella importante circunstancia, y nuestra vieja amiga le dijo un día á la Sra. Desforges: --Victoria, ¿sois capaz de guardar un secreto? --Sí, con tal que no sea muy pesado; sepamos de qué se trata. --No os diré una palabra, mientras no me prometáis la reserva. --¿Otro matrimonio sin efecto? ¿eh? ¿El capitán...? --Yo no he dicho eso. Pero yo lo he adivinado. Nuevo motivo de fiesta y de risa. Sin embargo, la Sra. Desforges prometió no hablar á nadie de aquel asunto, y dos horas después lo sabía su marido, que no pudo menos de reirse á carcajadas de la coincidencia. Suponése que las mujeres no son capaces de guardar un secreto, lo cual podrá tener sus excepciones; pero lo indudable es que no conviene hacer confianzas á la mitad de un buen matrimonio. La noticia, sin embargo no se comunicó á otras personas, y si el capitán llegó á recordar los sucesos del teniente, no habló de ellos ni aun á su mujer. Aquellos buenos vecinos se reunían frecuentemente, ya en casa de los unos, ya en la de los otros, y por la noche estaban continuamente subiéndose y bajando las escaleras con gran escándalo y mortificación de Rosa. Tomaban el té todos juntos, se hacían lecturas, se fumaba y pasaban las horas primeras de la noche entretejidos y alegres. (Se continuará.)

